

por **MARTA REBÓN**

¿En qué sentido es este el último título traducido al español de Dubravka Ugresic (Kutina, 1949-Ámsterdam, 2023)? Parafraseando la primera línea de este libro, surgido de una recopilación de columnas que aparecieron en un medio neerlandés a principios de los 90, mientras era profesora visitante en una universidad estadounidense, también las palabras tienen una historia particular.

Así, este *diccionario* no es un mero neologismo recurrente que fusiona la imprevisibilidad de la ficción con el orden riguroso de una obra de consulta. En cada entrada-columna desentraña términos como *hometown*, *harassment*, *jogging*, *addict*, *mailbox* o *body*, con los que construye un compendio de conceptos, códigos y «automatismos de comportamiento», el armazón de la cultura más omnipresente del planeta.

Y lo hace además mientras se desmorona su Yugoslavia natal, con los sótanos convertidos en refugios antibombas. Se trata de una observadora en tierra ajena, cuyo interior ha hecho añicos la guerra. «Al escribir, he intentado ordenar las palabras desperdigadas (y los mundos desperdigados)», añade, y las coloca como se hace en un diccionario. Al reescribir los textos, el dedo se equivocó y, en vez de la *d*, pulsó la *f*, la tecla contigua. Un «error casual» que evoca que, para quien ha dejado un país en descomposición, todo es susceptible de volverse ficción: «¿Dónde está Zagreb? En Yugoslavia. Un país que ya no existe. Si un país no existe, lo que sucede en él tampoco sucede. No hay muertes, las ciudades destruidas no se han destruido, no hay víctimas, los refugiados no han abandonado sus hogares».

En la prosa ensayística de Ugresic no hay una mirada única, sino una celebración de la diversidad, la polisemia y la serendipia, de las que se sirve para crear un perfil del inconsciente colectivo (local y global). Su constante viaje entre lenguas es crucial, a lo que suma una viva conciencia de la traducción, de la literatura como intérprete privilegiada de la fragilidad del mundo (con su atracción por la estupidez y la vacuidad) y del arte, tanto el refinado como el popular, como pantalla donde la sociedad proyecta sus filias y sus fobias.

Recientemente fallecida, **Dubravka Ugresic** fue una de las ensayistas culturales más afiladas y sagaces de las últimas décadas, como demuestra este nuevo volumen

Una mirada privilegiada a los albores de la posmodernidad

Despunta especialmente en la sensibilidad con que describe la relación entre Occidente y Europa Oriental, reducida esta última a «estereotipos fijados de antemano», hasta el punto de que se escribe sobre ella con el temor de reproducir la «maldición balcánica» con que tan cómodos se sienten (en términos de *marketing*) los editores occidentales.

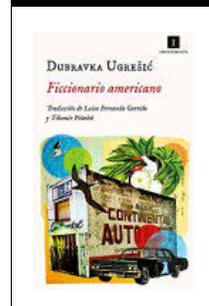
Ugresic explica con clarividencia qué es ser escritora de una lengua «extraña»: por mucho que tenga una formación políglota y enciclopédica envidiable, se la categoriza así hasta el absurdo. «Nada más cruzar la frontera, los

aduaneros de la cultura empezaron a ponerme con brusquedad pegatinas identificativas: comunismo, Europa del Este, censura, represión, Telón de Acero, nacionalismo (¿serbio o croata?), aquellas mismas pegatinas de las que había conseguido proteger mi literatura en mi país», apunta.

Precisamente por esa intolerancia a las etiquetas Ugresic fue una crítica cultural tan solvente. Observaciones sobre el culto al cuerpo, la sobreexposición de lo privado, el arte convertido en «contenido», la atracción de la nostalgia nacionalista «los tiempos revividos son más peligrosos y brutales porque han perdido su orden histórico. La mano que blande el puñal ha memorizado la ferocidad del odio, pero ya no recuerda la razón ni el objetivo», la industria del «crecimiento personal», la compra como ritual sagrado...

Con la perspectiva del tiempo, se constata que todo eso se ha exacerbado de manera exponencial. Las consideraciones sobre su cultura de acogida son una caja de resonancia del país multiétnico abandonado, que asoma en las llamadas de la madre, en las conversaciones con otros exiliados, en los referentes que no puede borrar de un plumazo.

Aunque le parecen impertinentes los escritos autobiográficos, las crónicas o diarios «una forma indecente de fastidiar al prójimo», *Ficcionario americano* es a la vez todos esos géneros. Analista aventajada de los tiempos posmodernos «la realidad ya no es de fiar», asistimos de la mano de Ugresic al nacimiento de la cultura contemporánea de superproducción, egolatría exhibicionista y culto comercial de «lo verdadero, lo auténtico, lo personal», con el telón de fondo de una guerra fratricida. **L**



DUBRAVKA UGRESIC
FICCIONARIO AMERICANO

Traducción de Luisa F. Garrido y Tihomir Pistelek. Impedimenta. 264 pp. 22,60 €

LA PATRIA DE LA LITERATURA

En un capítulo, Ugresic explica cuál es el privilegio de ser escritora que trató de no traicionar: «Rechacé afiliarme a partidos, ser miembro de comisiones organizacionales, y jurados. Un escritor, pensé, no debe tener Patria ni Fe ni Nacionalidad; no debe servir ni a una Institución ni a un Pueblo ni a Dios ni al Diablo; un escritor debe tener sólo una identidad, sus libros, pensé, sólo una patria, la Literatura». Por eso, en su caso, una reseña es el mejor obituario